





FERNANDO JÁUREGUI

La ruptura

La revolución en marcha que no supimos ver



ALMUZARA

© FERNANDO JÁUREGUI, 2020
© Editorial Almuzara, S.L., 2020

Fotografías Gustavo Catalán, Bernardo Pérez, Víctor Steinberg, Inmaculada Mesa, Pedro Ruiz, David Mudarra y colección particular del autor.

Primera edición: junio de 2020

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Colección Pensamiento Político
Director editorial: Antonio Cuesta
Edición: Óscar Córdoba
www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Imprime: Gráficas La Paz
ISBN: 978-84-18205-55-2
Depósito Legal: CO-687-2020
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Un día, una joven me llamó: me interesa la información política, me dijo. Tenía diecisiete años. 'Generación Thunberg'. Sé que llamó a otros periodistas, interesándose por lo que hacían y que, como yo, pensaron que merecía la pena atenderla. La he seguido en las redes sociales: es constante en su búsqueda y creo que progresa en su formación. Llegará a algún lado en esta profesión. A ella, Lucía Gutiérrez, le dedico, en primer lugar, este libro, que quisiera ser didáctico.

También se lo dedico a esos amigos que han mantenido mi fe en la humanidad cuando esta fe declinaba: Julio Feo, José Manuel Romero, Luis Abril, Juan Cruzado, Javier Giraldez, Emilio Renedo, Eduardo Anitua, Félix Puebla, el Padre Ángel, Paco Muro de Iscar. Y tantos otros, a los que, necesariamente, por meras razones de espacio, tengo ahora que dejar fuera de esta página, pero no de mi corazón.

Y, claro, a María, que siempre estaba ahí, apoyando



PRÓLOGO	9
---------------	---

PRIMERA PARTE. EMPEZANDO POR EL FINAL. CUANDO EL CIELO SE
DESPLOMA SOBRE NUESTRAS VIDAS... Y SOBRE NUESTRAS CABEZAS

1. Un roscón de reyes que ahí sigue	17
2. No creíamos en la catástrofe	19
3. El Rey rompe con el Rey.....	22
4. El elefante.....	27
5. Un comunicado, muy insólito, a la nación.....	31
6. Un mensaje cocinado entre cacerolas.....	37
7. Una abdicación afortunada	42
8. La ‘no abdicación’ de Juan Carlos I.....	45
9. Un poco de autocrítica.....	50

SEGUNDA PARTE. AQUELLOS TIEMPOS TAN
DISTINTOS Y TAN DISTANTES

10. El cura Chamorro me dijo ‘tú serás un buen periodista’. Le creí y aquí estoy... ..	57
11. Carta a, por ejemplo, Lucía.....	60
12. Mi primer fracaso.....	62
13. Escribir al dictado tiene, claro está, beneficios	66
14. «Santiago, ya no me siento comunista», dije a Carrillo. «Yo ya tampoco», me respondió	71
15. ‘La gente libre siempre está sola’. Qué remedio... ..	75
16. Cuando te da lo mismo, o casi, que Franco siga en el Valle de los Caídos. O no.....	79
17. Cuando te engañan.....	85
18. El poder de La Moncloa... y el de La Zarzuela	92
19. No seas imbécil: no te vayas a creer un héroe ahora... ..	95
20. Lo malo de los días ‘históricos’ es cuando se vuelven rutina	100
21. Cuando, a veces, miras hacia atrás y ya no queda nada	104
22. Siempre es necesario tener a alguien a quien admirar	110
23. Un hombre acobardado ya está muerto.....	115

24. Los odiadores que uno tiene, a veces sin saber por qué	120
25. Cuando das en el clavo y nadie te cree.....	126
TERCERA PARTE. CUANDO EMPIEZAS A VER LAS COSAS COMO SON	
26. Pleitos tengas... ..	136
27. Las radios, las teles, los periódicos por los que pasé	145
28. «No eres lo bastante de izquierda para este periódico», me dijo.....	155
29. Los presidentes a los que yo conocí (1): Suárez y Calvo-Sotelo	159
30. Los presidentes a los que yo conocí (2):Felipe González.....	163
31. Los presidentes a los que yo conocí (3):José María Aznar	168
32. Los presidentes a los que yo conocí (4):José Luis Rodríguez Zapatero...	175
33. Los presidentes a los que yo conocí(5): Mariano Rajoy	184
CUARTA PARTE. TODO CAMBIA A VELOCIDAD DE VÉRTIGO	
34. Los presidentes a los que yo conocí (6): Pedro Sánchez y el ‘pedrochismo’	200
35. El hombre que quería ser, al menos, vicepresidente. Al menos.	210
36. Pasos fugaces por ‘lo público’.....	216
37. «Si lo del Rey se va al carajo», todo se va al carajo».....	218
38. Cuando te ganas la posibilidad de ir por libre. O no te queda otro remedio.....	228
39. «Santidad, un par», le dije al Papa.....	233
40. Negocios ruinosos	236
41. Una ‘guinda’ algo ‘progre’, no mucho.....	238
42. Cataluña es algo que nos afecta a todos. A ti, también	243
43. Los políticos de entonces... y los de ahora	252
44. Cuando la Historia hubiese podido ser otra. Y, sin embargo, fue esta ..	259
45. Mis compañeros de banquillo.....	262
QUINTA PARTE. DIEZ FECHAS DEL PASADO Y DOS DEL FUTURO	
46. La ruptura con minúscula.....	269
47. Carta al disputado diputado.....	272
48. A España no la reconocía ni la madre que la parió.....	277
49. La era de la ‘generación 2020’	279
50. El desengaño	280
51. La undécima fecha:el Apocalipsis	284
52. Cuando La Moncloa te escribe	288
53. La duodécima fecha: es el futuro, milord.....	293
EPÍLOGO	296
ÍNDICE ONOMÁSTICO	303

EL MAESTRO LÚCIDO, EL MIRÓN IMPENITENTE, EL PERIODISTA EJEMPLAR

Vivimos en el desconcierto. Todo gira de manera acelerada, muta y se precipita a nuestro alrededor, sin que logremos advertir destinos ni rumbos claros. Y en esa estábamos cuando, por si fuera poco, llegó el Covid19 con su furia secular a desbaratar los débiles equilibrios y las escasas convicciones en las que nos sustentábamos.

No somos capaces de imaginarnos el futuro. Por eso, el baile de impresiones y sensaciones condicionadas por nuestro voluble estado de ánimo. Y si, por fin, logramos centrar nuestra atención en algo relevante, al instante otros muchos sucesos nos distraen y acaparan, atrándonos en un vértigo que nos desorienta y confunde. Por eso, precisamos de voces serenas que, desde la cátedra de su experiencia, nos ayuden a discernir y desovillar la madeja entrópica que nos atrapa traicionera, como si de una difusa red de araña secular se tratara. La España del 78 se rompe, una revolución calculada comienza a anidar y corroer nuestra sociedad y, nosotros, sin enterarnos. Pero Fernando Jáuregui, que sí se enteró, quiere contárnoslo como sólo un buen periodista sabe hacerlo. A través de lo acontecido y vivido, a través de una lúcida crónica sapiencial. Para comprender el presente, debemos remontarnos al pasado que hasta aquí nos transportó, porque todo río bebe de sus fuentes y todo efecto de sus causas. Para conseguirlo, el maestro de periodistas nos lleva de la mano a través de las últimas décadas de la historia española. El rosario de acontecimientos que él vivió en primera persona conforma un hilo narrativo que esclarece los porqués de la ruptura social y política que sacude en la actualidad a España, con intención manifiesta, esta vez sí, de dejarla irreconocible. Gracias, Fernando, por estar ahí para contarlo.

Su padre lo quería abogado. O, mejor aún, abogado con económicas, como aquellos niños de ICADE que nunca le cayeron bien y a los que él les cayó aún peor. Pero Fernando no quiso ser abogado, a pesar de que cursó la práctica totalidad de la carrera. Desde años atrás, deseaba ser periodista, a pesar de no tener ningún antecedente ni estímulo familiar para ello. Estando todavía en el colegio, un cura jesuita de los buenos, el padre Chamorro, le espetó de sopetón en el pasillo: «qué buen periodista serías». Y la frase, como toda buena premonición, enraizó en las entrañas de su voluntad para germinar en una inquebrantable vocación que le poseería para el resto de sus días. Fernando, que nunca sería abogado, terminaría convirtiéndose en periodista, en gran periodista, en uno de los mejores de una profesión tan imprescindible como ahora en entredicho.

En el año 1972 se licenció, tras unas prácticas en Europa Press y en el diario Informaciones. Poco después, con 23 años, partió de corresponsal hacia Lisboa y su padre le despidió con un «tú, que tienes una carrera tan bonita...» palabras que le sonaron como una bendición redentora. Y es que no se debe impedir a nadie que zarpe sobre la nave frágil de su vocación en pos de sus sueños. Fernando embarcó sin miedo hacia el puerto remoto de su ilusión infantil, para satisfacción propia y enriquecimiento colectivo.

Desde entonces hasta acá, casi cincuenta años de intensa actividad periodística han convertido a Fernando Jáuregui en el decano de los periodistas españoles. Periodista de raza, incansable, incombustible, continúa asistiendo a los Plenos del Congreso a la búsqueda de la noticia, en busca incesante de la información, del soplo oportuno de sus fuentes, del susurro oculto de las gargantas profundas, que «haberlas haylas», como sabemos. Pero, sobre todo, Fernando persigue saber. Y para ello, nada mejor que mantenerse como espectador privilegiado y de primera fila de todo lo que acontece, para poder extraer así sus propias conclusiones, alimento indispensable para su capacidad de análisis y combustible para su fundada opinión.

Fernando conoce a todo el mundo y todo el mundo lo conoce. Es amado y odiado, como les ocurre a todos los buenos periodistas, ya que, como él mismo insiste, noticia sólo es aquello que alguien no quiere que se sepa. Fernando lleva décadas desvelando los secretos del poder y lo que gana en admiración y respeto lo soporta en despechos y resabios. Porque el periodismo no nació para alabar al poderoso sino

para denunciar sus desmanes y desvaríos. Quizás, por eso, haya querido escribir el presente libro, para advertirnos sobre el gran desvarío que supondrá la ruptura programada de la España del 78, dinamitada desde dentro sin haber establecido previamente un consenso sobre la que queremos construir y habitar. Periodista de raza, observa como los acontecimientos se precipitan ante nuestra indiferencia y apatía. Y, desde su mirada de periodista sabio e impertinente, toma nota de lo que observa para contarlo después. Analiza —y denuncia— la situación actual de ruptura desde la perspectiva avezada de toda una vida de espectador privilegiado. Debemos, pues, tener muy presente lo que nos cuenta y narra para comprender lo que no se advierte pero que en verdad acontece. Algo se rompe sin que sepamos bien qué es lo que nacerá. Y, aunque la dinámica venía de antes, el coronavirus actuará como acelerador de dinámicas históricas y catalizador de pasiones, ensueños y frustraciones.

Quiso titular el presente libro como «El Mirón». Al menos así se considera él, como un mirón de la actualidad, como un observador de la historia, que mira lo que acontece para narrarlo con fidelidad. Pero Fernando, aunque de insaciable mirada curiosa y fisgona, es mucho más que un mirón. Por aquello de que el observador influye en lo observado, tal y como pontificó el sabio Heisenberg. Pues eso. Un periodista que continuamente emite opinión en columnas de prensa o en intervenciones de radio y televisión no se limita a observar la realidad, sino que, de alguna manera, también la conforma. Su propia percepción influye en la de los demás. No sólo describe la realidad, sino que, al tiempo, la crea. Fernando lleva, pues, observando/creando la historia de España de las últimas décadas y, por eso, puede apreciar la deriva y pronosticar la ruptura que, como advierte, será dolorosa porque las rupturas, nos dice, desde siempre lo fueron. La ruptura se ha iniciado y nos arrastrará hacia lo desconocido, lo que debe inquietarnos y preocuparnos.

Pero esta obra no sólo supone una clarividente crónica de los últimos tiempos, ni siquiera una necesaria advertencia sabia para ciudadanos y navegantes. También supone una lección magistral de periodismo para aprendices de periodista, al tiempo que una reflexión crítica para los periodistas avezados y una ventana abierta a las entrañas del periodismo para los que desconocemos sus claves y secretos. Fernando necesitó cincuenta años de profesión para destilar su sabiduría, desgranada a lo largo de su crónica política y condensada en un decálogo

final. Ahora, que el periodismo riguroso e independiente está en riesgo, resulta más necesario que nunca recordar que sin buenos periodistas la democracia, sencillamente, no es posible. Y Fernando Jáuregui, maestro de periodistas, abona con su ejemplo y magisterio a esos buenos periodistas por venir.

Y finalizamos al modo que él lo hace. ¿Qué hacer, entonces, ante la ruptura en marcha? Pues cada uno habrá de buscarse su propia respuesta a sabiendas de que le va su vida en ello. Fernando nos ha regalado la suya en este libro que devoramos con hambre de la sabiduría y clarividencia que destila en sus líneas. Muchas gracias, Fernando, por tu vida narrada, por tu lúcida maestría, por tu impertinente mirada y, sobre todo, por tu periodismo, puro periodismo, riguroso y ejemplar.

MANUEL PIMENTEL SILES

PRIMERA PARTE

Empezando por el final. Cuando
el cielo se desploma sobre nuestras
vidas... y sobre nuestras cabezas





EL CREADOR DEL 'JUANCARLISMO'. No fue fácil la implantación de la nueva Monarquía, encarnada en Juan Carlos I. Pero aquel 'primer Juan Carlos' supo sortear los inconvenientes. En la imagen, obra de Gustavo Catalán, uno de los grandes fotógrafos de la Transición, protestas en una visita a Trujillo.



1. UN ROSCÓN DE REYES QUE AHÍ SIGUE

El 6 de enero de 2020 coloqué, como fondo de pantalla de mi ordenador, la imagen de un roscón de reyes. El roscón familiar, con nata, con las tazas de café o chocolate, los zumos de naranja. Detrás, el árbol de Navidad, los regalos.

Te lo cuento porque allí sigue la misma fotografía hoy. Quiero que, cada vez que abra mi ordenador, me obligue a recordar que aquel día de los Reyes Magos fue el último del que podríamos hablar, en adelante, como aún perteneciente a la vieja época. A la relativa, solo relativa, normalidad hasta ese momento vigente. A la ‘era del 78’ y todas esas cosas de las que, quizá neciamente, algunos estábamos tan orgullosos.

Al día siguiente, el 7 de enero, Pedro Sánchez sacaba adelante, con el apoyo de Unidas Podemos y la abstención de Esquerra Republicana de Catalunya y otras formaciones menores, como la separatista vasca Bildu, su investidura como presidente del Gobierno. Con esos apoyos se llegaría a la formación del Gobierno tras las elecciones que se habían celebrado el 10 de noviembre de 2019.

Menos de cuarenta y ocho horas después de esas elecciones del 10-N, sin que a mis compañeros periodistas se les permitiese hacer ni una sola pregunta, se había escenificado en el Congreso algo que, sin embargo, se había prometido al electorado que no se haría: un pacto por un Gobierno de ‘coalición progresista’, formado por el PSOE y por Unidas Podemos. Con ese pacto, Sánchez fue a la sesión de investidura del 7 de enero seguro de que la ganaría. Y, con las ayudas citadas, la ganó.

Todo nos era inaudito, porque era nuevo y porque se nos había dicho que las elecciones se convocaron, aquel 10 de noviembre, para que precisamente eso, ese Gobierno, no ocurriera.

Había algo de incoherente en todo aquello. Y las incoherencias,

sábelo, siempre acaban pagándose. Se pagaron demasiado pronto. Y por motivos que nadie podría haber sospechado.

Era la primera vez en ochenta años que en España se formaba un Gobierno de coalición. Era la primera vez que ocurrían muchas cosas. Bastantes de ellas se detallan en este libro, que quiere ser un compendio muy personal de lo que ha ocurrido en medio siglo de historia de este país: los años que yo viví como testigo y narrador de lo que sucedía. Los últimos cincuenta años de la Historia contemporánea, la mayor parte bajo el 'juancarlismo'. Los años que precedieron a la era de la locura. Confío que algo aprendas de todo esto. O no...

Aquel enero de 2020 pensábamos que eso era el comienzo de una nueva era, al fin y al cabo dimensionable. Diferente, pero, en el fondo, aún reconocible. Pensábamos que las cosas se iban a desarrollar, todo considerado, según una cierta, relativa, lógica.

Nos equivocábamos.

La Historia es como es gracias a no pocas casualidades, más que causalidades. Una buena parte de este libro habla de lo que pudiera haber sido, de cómo hubiese cambiado todo, y por tanto la propia Historia, si hubiesen ocurrido algunas cosas que estuvieron a punto de ocurrir. Y que, sin embargo, discurrieron por otros derroteros.

Pronto, de golpe, iba a llegar la Gran Ruptura. La que arrasó con todo. Con todo.

El 'Gobierno de coalición progresista' tomó posesión el 13 de enero. Y empezaron a pasar cosas que se cuentan en otros capítulos de este libro: tensiones entre los coaligados, el desconcierto de la oposición. Las primeras medidas apresuradas: había que hacer el Cambio. Pero ¿qué cambio?

Todo nos parecía nuevo. Sin embargo, era, ya digo, asumible; te gustaría más o menos, se haría con mayor o menor debate, con mayor o menor transparencia. Pero entraba dentro de unas ciertas reglas del juego. En los últimos capítulos te cuento con detalle, y con mis vivencias personales, todo esto.

2. NO CREÍAMOS EN LA CATÁSTROFE

Ahora, cuando recuerdo aquello, una triste sonrisa acude a mis labios: aquello, tan enrevesado, que acaparó nuestros afanes periodísticos, era, y ni lo imaginábamos, solo la pequeña historia. Cómo podíamos llegar a entrever siquiera lo que iba a suceder a continuación. El huracán que lo barrió todo.

A los de mi generación, y a los de otras posteriores, nos ocurría algo de lo que, en adelante, habrás de tomar nota: no creíamos en la catástrofe. Nos sentíamos muy satisfechos por no haber tenido que pasar por las desgracias de una guerra, contra lo que les ocurrió a nuestros antepasados. Nos creímos inmunes. Y seguros.

Por eso no estábamos preparados para lo que ocurrió.

Porque lo que ni Sánchez, ni Iglesias, ni Pablo Casado, ni yo, ni tú, ni nadie, podía haber siquiera soñado en esos momentos de enero era que, cuando se cumpliesen dos meses desde esta toma de posesión del Gobierno de coalición, es decir el 13 de marzo del año de desgracia 2020, se habría iniciado el Apocalipsis. La época más terrible que hubiesen vivido Europa, el planeta, desde hacía siete décadas. Lo peor desde la guerra civil española, según dijo el propio Pedro Sánchez en uno de sus largos mensajes, dolientes, ante las cámaras de televisión a los españoles encerrados. Lo peor desde la Segunda Guerra Mundial, dijo la canciller alemana Angela Merkel. Lo peor.

El Gobierno neófito, bisoño, de España no estaba preparado para esto: ellos habían venido a cambiar el país a su manera, derribando algunos tabiques del pasado, acaparando parcelas de poder para, decían, desde ahí transformarlo todo. La primera Transición, bajo la égida de Juan Carlos I, procuró evolucionar y no romper, aunque, de hecho, se rompió con muchas cosas. Ahora, en 2020, ruptura era la palabra, aunque algunos quisieron hablar de revolución.

Pero lo que nunca supusieron los que llegaron el 13 de enero es que no solo iban a ser los tabiques: todo el edificio se iba a venir abajo con estrépito. Otros gobiernos europeos, y de todo el mundo, se estremecieron igualmente. Y mucha gente, miles, sucumbió bajo los escombros.

Pero yo hablo de España. De aquellos días y de sus consecuencias terribles sobre nuestras vidas y nuestras haciendas. De la pandemia del coronavirus y de la enfermedad que sacudió nuestras conciencias. De las otras pandemias: la económica, la moral, la democrática, la informática. El relato de aquello lo hemos vivido en nuestras carnes los que lo hemos sobrevivido, que somos la inmensa mayoría, afortunadamente.

Pocas ganas nos quedan de rememorarlo: muchos perdieron algún familiar, algunos perdimos algún amigo: cómo olvidarlos. Todos perdimos mucha alegría. Y perdimos esa confianza ciega en el porvenir de la que antes, felices y desinformados, gozábamos. Quizá hayamos aprendido algo y saquemos, como se dice al final de esta obra, algunas conclusiones. O puede que no. Eso también debes evaluarlo tú.

Yo no tengo mucho nuevo que contarte sobre esto: lo sufriste como yo y tú debes ser tu propio, propia, cronista de la gran pesadilla. Las semanas de reclusión. El estado de alarma, con lo que significaba de limitación de las libertades. La existencia confinada a los balcones. Las protestas de las cacerolas y los cantos desde las terrazas. La parálisis total. Los miles de muertos que se arracimaban en inmensas morgues improvisadas.

El Gobierno, que casi llegó a actuar como en una autocracia.

Ahora andamos aún en el debate sobre cómo se gestionó aquello. Y sobre hasta dónde se extenderán las consecuencias. Puede que no sea demasiado útil esta reflexión si no entendemos que lo que ocurrió desde mediados de febrero hasta ayer mismo, como quien dice, tiene, forzosamente, que cambiar nuestras existencias. De eso se habla al final de este libro. Del futuro, aún incierto, aunque imaginable, ante nosotros. Del futuro que debemos exigir a quienes nos quieren representar.

Pero, si no me siento capaz de hacer una crónica puntual de algo que acaso tú viviste aún más dramáticamente que yo, sí que puedo, porque tengo experiencias y edad para ello, narrarte cómo no fueron solamente las paredes y el tejado del edificio lo que se nos cayó a muchos encima.

Se nos cayó nuestra propia historia. La que, quizá como una justificación, habíamos fabricado a lo largo de casi medio siglo, toda nuestra vida profesional consciente. Lo que algunos llamaron, con humor, 'el

Juancarlato'. Y bajo esas ruinas sí que hemos quedado espiritualmente enterrados muchos.

Pienso que bien merece la pena comenzar la narración del 'juancarlato', o del 'juancarlismo', de estas cinco décadas, desde que Franco, en julio de 1969, designó sucesor, precisamente por el final. Un final apasionante. Casi digno de los peores pasajes de la política del siglo XIX, o de antes, epidemias de peste incluidas. O de una novela inverosímil. Pero esto, lamentablemente, no ha sido ficción.

Un final que nos obligó a preguntarnos, a los de la 'generación del 78', si, en realidad, no lo habríamos hecho mal casi todo en este tiempo en el que habíamos creído estar construyendo un país mejor. Ese país, ya inexistente, que llegó a autodefinirse como 'juancarlista' más que monárquico, y mucho más, claro, que republicano.

Claro que casi nadie quería recordar eso a finales de aquel mes de marzo de 2020. Todos estábamos alucinados, incrédulos, por otras cosas terribles. Por eso hemos aguantado hasta ahora para contarlo.

3. EL REY ROMPE CON EL REY

Por supuesto, quienes seguíamos desde hacía tantos años la actualidad 'real' sabíamos que tenía que ocurrir. Pero cómo pensar siquiera que el estallido iba a ser de tal calibre, de tanta intensidad. Tan definitivo. En momentos tan terribles para el país.

El domingo, 15 de marzo 2020, el Rey Felipe VI se reúne en La Zarzuela con su padre, Juan Carlos I, con el jefe de la Casa, el abogado del Estado Jaime Alfonsín, con el jefe de comunicación, Jordi Gutiérrez, y con dos altos funcionarios del palacio, Alfonso Sanz Portolés, ex secretario general de la Casa del Rey, y Domingo Martínez Palomo, el actual secretario general de la Casa, un hombre considerado eficaz, teniente general de la Guardia Civil, obsesionado por mantener un perfil bajo y por pasar desapercibido en la medida de lo posible. Eran las personas que estaban controlando la maquinaria de La Zarzuela.

El día anterior, el Gobierno de Pedro Sánchez había decretado el estado de alarma ante los estragos del coronavirus. Los españoles quedaban confinados en sus casas, con muy escasa libertad de movimientos. Las escuelas permanecerían cerradas por tiempo indefinido, lo mismo que los museos, los hoteles, los bares y restaurantes y, posteriormente, los trenes y el espacio aéreo quedarían restringidos al máximo. Las fuerzas del orden vigilarían severamente, con quizá excesiva severidad a veces, los posibles incumplimientos de la reclusión domiciliaria de cuarenta y siete millones de personas. Las calles, clamorosamente vacías. El silencio. No gozábamos de libertades, en aras del combate a la pandemia. Jamás nadie en España, con el Parlamento semicerrado, el poder Judicial en virtual suspensión, los medios conmocionados y empobrecidos, la oposición como ausente y desorientada, gozó de tanto poder en ese momento como el presidente Pedro Sánchez.

Nunca había ocurrido algo así en el país, al menos en los tiempos modernos. Ni en el planeta. España llegó a tener más del catorce por ciento de los infectados de todo el mundo, y algo más del veinte por ciento de los muertos por el coronavirus: una decena de miles cuando se cumplían los quince días desde que se oficializó la pandemia. Veinticinco mil, al mes y medio. Casi treinta mil después... Cifras oficiales, que las reales eran mucho más pavorosas.

Las personas más mayores o con enfermedades que limitaban sus defensas no podrían ser atendidas en las UCI por falta de capacidad: faltaban camas, respiradores, hasta mascarillas. Los médicos y el personal sanitario, que efectivamente dieron una lección de heroísmo, habían de seleccionar a quién se ayudaba a vivir y a quién se dejaba morir. El país entero era un lamento. No se podía honrar a los muertos por temor al contagio.

Pero no era de esto de lo que el jefe del Estado y sus más cercanos colaboradores iban a hablar en su reunión, convocada de urgencia y de la que, lógicamente, ni la generalidad de los españoles ni, al parecer, algunos en el propio Gobierno de Sánchez, sabían en esos momentos gran cosa.

Se trataba de debatir el paso, sin precedentes, que Felipe VI tenía ya decidido dar desde hacía algunos días. El hecho de que coincidiese con la pandemia más pavorosa que ningún español hubiese vivido jamás tenía, parece, solo secundariamente —aunque algo sí, como veremos: cómo desligarse de la tragedia que nos cambió a todos— que ver con ese paso.

Horas antes, el diario británico *Telegraph*, un periódico furibundamente antieuropeo, había publicado una crónica, firmada por el periodista ‘freelance’ James Badcock, en la que, por primera vez, se señalaba a Felipe VI como beneficiario de los negocios de su padre. De los negocios turbios, claro.

Esos negocios de los que ya venían hablando, desde hacía meses, otros periódicos europeos (los españoles, algunos, pocos, se hacían eco apenas con sordina, aunque algunos digitales catalanes, independentistas, recogían con fruición lo que publicaban sus colegas extranjeros). Sí, esos negocios de los que se susurraba en voz baja en los círculos medianamente informados desde hacía muchos años.

En esta ocasión se trataba de una presunta comisión de cien millones de dólares entregada por el rey saudí al entonces Rey Juan Carlos I

por su intermediación en la construcción del AVE en Arabia. Un dinero que, en buena parte, habría sido a su vez ‘regalado’ por el monarca español a su amante, la ‘princesa’ Corinna, un poco recomendable personaje que desde hacía años traía de cabeza a los servicios secretos y también a los últimos gobiernos de España.

Una dama que, para colmo, estaba ligada a las tramas subterráneas del muy oscuro comisario Villarejo, desde hacía muchos años paradigma de todas las corruptelas, como muy bien sabía el juez Manuel García Castellón, que desde tiempo atrás le seguía la pista.

Una vida, la de Corinna, para una película, cuyo guión sin duda conocía bien el ex director del Centro Nacional de Inteligencia, general Félix Sanz Roldán. Pero Sanz Roldán, que había considerado su enemiga mortal a Corinna, ya no estaba al frente de los servicios secretos, y ella incluso le acusaba, sin duda falsamente, en cuantos foros podía, de haber querido asesinarla: sospecho que, si los ‘servicios’ hubiesen pretendido tal cosa, que obviamente no pretendían, no habrían permitido que sobreviviera para contarlo. Y yo nunca creí que ‘los servicios’, por muchas cosas cuestionables que hubiesen podido hacer a lo largo de su historia, funcionasen de tal guisa.

Ni tampoco el periodista mejor informado sobre estas cuestiones, Javier Ayuso, que durante dos años había ejercido al frente de la comunicación de La Zarzuela, hasta que el Rey abdicó, estaba ya en el diario *El País*. Había sido despedido del periódico meses antes, pese a ser, lógicamente, uno de los informadores más destacados del prestigioso diario. Y probablemente el único periodista que tenía muchas claves, que seguramente nunca revelará, sobre esta abdicación y sus circunstancias periféricas. El suyo es uno de esos libros importantes que se pierde la Historia reciente de España. Hay otros, como detallaré.

Ni el mejor Le Carré hubiese ideado una trama así para la más delirante de sus novelas. La realidad, ya se sabe, supera a la ficción muchas veces. En España, casi siempre.

Todo esto, en sus líneas generales, no era algo que, desde luego, no se supiese. O se imaginase. Cuando, a comienzos de 2018, terminaba de coordinar el libro *Los periodistas estábamos allí para contarlo*, un homenaje a los cuarenta años de la Constitución, en el que participaban ciento cinco periodistas importantes ‘de la Transición’, tuvimos un encendido debate sobre la portada.

Había yo sugerido inicialmente una fotografía del Rey Juan Carlos jurando la Constitución. Un colaborador del editor puso rostro preocupado.

—Y ¿qué pasa si salen de pronto nuevas cosas sobre Juan Carlos? Nos tendríamos que comer el libro con patatas —nos dijo. Ya habían comenzado a difundirse, con fuente de misterioso origen, audios de una muy comprometedor conversación entre Corinna y el comisario Villarejo, el hombre que ensuciaba cuanto tocaba.

Al final, la portada del libro consistió en un montaje con los rostros de todos los periodistas literarios que participábamos en él. Incluso, un gran profesional, recientemente fallecido, que por cierto ha prestado importantes servicios a la democracia en momentos muy difíciles, y que colaboraba en el libro, me pidió que retirase una fotografía que él mismo me había enviado en la que figuraba junto a un Juan Carlos mucho más joven: el de aquellos primeros años ochenta, cuando se tuvo que aplicar a frenar la intentona del 23-F, cuestión sobre la que luego iba a hablarse mucho también. Pero, claro, eso ya no tiene sino circunstancial cabida en este libro: jamás sabremos del todo la verdad en todos sus detalles. A mí me basta con saber que Juan Carlos frenó en última instancia aquello, que podría haber sido una carnicería.

Pero, en 2018, tras todo lo que había pasado, al gran y respetado periodista, cuyo nombre prometí no dar, ya no le apetecía mucho figurar en el libro junto al Rey al que tanto admiró en los tiempos de la Unión de Centro Democrático, y también después. Respeté, claro, su deseo. En cierta manera compartía su estado de ánimo. Retiramos su fotografía abrazando a aquel que había sido nuestro Rey.

La calma en torno a los rumores sobre ‘la otra’ vida y milagros de Juan Carlos de Borbón se prolongó durante todo el año 2018. Pero la inquieta Corinna, en su afán de defensa —con los fiscales suizos, sobre todo con el de Ginebra Yves Bertossa, no se juega; con el juez García Castellón, tampoco—, y también de venganza, siguió filtrando cosas. El propio Badcock había publicado en febrero de 2020 informaciones contundentes sobre el origen opaco de la fortuna —se decía que inmensa, pero no está cuantificada de manera fiable, hasta donde se me alcanza— del ya rey emérito.

Desde bastante antes, éramos muchos los que algo, o mucho, sabíamos de las andanzas de Corinna y, sobre todo, de las presuntas aventuras, ejem, económicas del Rey Juan Carlos.

Yo mismo había propuesto, a comienzos de 2019, traducir un libro del periodista francés Jean Chalvidant, titulado *Felipe VI d'Espagne, Le Roi Normal*, en el que se hacía un tan encendido elogio de Felipe VI como una narración muy desfavorable para Juan Carlos I, desvelando muchas cosas que en España hasta entonces apenas se susurraban, aunque se conociesen. Quizá, con esa iniciativa, quería yo reivindicarme de algunos silencios anteriores, como más adelante digo.

Y, de paso, contraponer la muy sólida figura de Felipe VI con la de su padre. Es obvio que, cuando estallen en toda su magnitud ciertos escándalos relacionados con el 'emérito', las salpicaduras se extenderán al conjunto de la idea monárquica en España y, por tanto, a Felipe VI. Ninguna editorial quiso aceptar el libro: no interesa, me dijeron, con curiosa unanimidad. Yo sí creo que el libro era interesante, porque solo la verdad nos hace libres. Pero entonces no se había levantado del todo la veda. No convenía contraponer la figura del padre con la del hijo, comentaron.

Y eso que el principio del fin había ocurrido varios años antes.